

## NOTA

# PROTOCOLOS DE INVESTIGACIÓN EN ANÁLISIS DE DISCURSO Y CONSOLIDACIÓN DEL CAMPO DISCIPLINARIO

Teresa Carbó\*

En la grata compañía de esta “escuela de maestros”,<sup>1</sup> esto es, ante las compañeras que practican hoy —como yo— formas diversas de análisis de los discursos, quisiera tomarme la libertad de hacer unas reflexiones. El pensar en común y en voz alta no tiene nada de audaz; sin embargo, el carácter que aspiro para estas notas es tal vez excesivo: quisiera hacer una intervención de tipo estratégico en el campo (multi)disciplinario que nos reúne. Es decir, confío en alcanzar, al menos esta vez, un efecto perlocutivo “feliz”.

Me motiva el deseo de contribuir a un fortalecimiento del carácter científico de nuestras prácticas de investigación; a una mayor explicitación de las mismas y, con ello, a una mejoría de la identidad atribuida al análisis de discurso en el campo de los estudios del lenguaje, incluso de “la lingüística” a secas. Cuando aludo al estatuto científico de nuestras prácticas de investigación, me refiero, mínimamente, a la realización de operaciones metódicas sistemáticas, regulares, comunicables e, idealmente, replicables en casos distintos. Al proponerme una reflexión

\* Doctora en Lingüística, El Colegio de México. Investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Teléfono: 55-73-90-66, extensión 130. Fax: 56-55-14-02. Correo electrónico: <tcabo@juarez.ciesas.edu.mx>. El presente texto estuvo comprometido para publicación en las *Actas del IV Coloquio de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso* (Recife, 2001), ALED, y Universidad Estatal de São Paulo (Brasil), al cuidado de Luiz Antonio Marcuschi. Sin embargo, por razones azarosas —el desorden propio de la vida— no fue incluido en el correspondiente CD, aparecido en 2003. Agradezco a los colegas de la revista *Discurso, Teoría y Análisis*, haberse interesado en él.

<sup>1</sup> Es la designación específica para un conjunto (o colectivo) de maestros, según James Lipton en *An Exaltation of Larks (or, The Venereal Game)* (Nueva York: Grossman Publishers, 1968), p. 75.

sobre estos temas, pienso también en los muchos lectores y (aspirantes a) practicantes que el análisis de discurso ha conquistado en el territorio de las Ciencias Sociales de orientación cualitativa.

Llevo cierto tiempo abordando estos temas, o algunos aspectos de los mismos, con un grado visible de monomanía. La redundancia es, como sabemos, un dato en sí mismo, de alto valor sintomático. En mi caso, diré que sintomatiza la urgencia que percibo en la normalización de ciertos protocolos de investigación, sobre todo en el mundo de habla hispana. No quiere esto decir que abogue yo por una adecuación dócil al formato de género “artículo científico” tal como ha sido impuesto desde las revistas llamadas “líderes en el campo”, en inglés naturalmente. Mi preocupación puede resumirse glosando una de las tantas frases célebres de mi mamá, a saber: “No basta con ser bueno; también hay que parecerlo”. O sea: no sólo hay que ser riguroso en el trabajo científico sino que también hay que de/mostrarlo, con evidencia fidedigna, en el marco de una argumentación clara y consistente, consigo misma y con las operaciones analíticas empleadas. Eso y no más, eso y no otra cosa, es lo que quisiera ver generalizado en los trabajos de colegas en América Latina, con deliberada independencia del estilo más o menos barroco con el que en dichos lugares tendemos a expresarnos; luego entonces, y de manera enfática, mi llamado a la explicitación no es una consigna de estandarización cultural en el seno de la academia global.<sup>2</sup>

En esta ocasión, sugeriré algunos elementos de una agenda común entre los analistas de discurso para la formulación y exhibición de sus respectivos procesos de investigación; esto es, recomendaré el seguimiento de algunos protocolos (en el doble sentido de “registro formal de procedimientos científicos” y de “reglas de etiqueta o cortesía”) en las formas de comunicar el diseño de su práctica analítica y, sobre todo, en la presentación de resultados a la comunidad de pares especializados.

<sup>2</sup> Pueden consultarse: T. Carbó, “Desde este lugar, hablar”, *Discurso y Sociedad* 1, núm. 1 (1999): 13-17; “Regarding Reading: On a Methodological Approach”, *Discourse & Society* 12, núm. 1 (2001): 59-89; “Tocar el lenguaje con la mano: experiencias de método”, *Revista ALED* 1, núm. 1 (2001): 43-67; “El cuerpo herido, o la constitución del *corpus* en análisis de discurso”, *Morphé* 23 (2001): 17-47; “Investigador y objeto: una extraña/da intimidad”, *Iztapalapa* 53 (2002): 15-32.

La generalización de ciertos protocolos de estudio propendería a la acumulación de una masa crítica de evidencia empírica (más o menos) comparable sobre los procesos discursivos que nos interpelan e instituyen, tanto personal como profesionalmente. Así, sería posible lograr algunas generalizaciones sobre las estrategias del poder hecho discurso, tanto desde el punto de vista histórico o funcional, como desde el lingüístico o sistémico, y sobre la astucia verbal que éste materializa. Además, dicha plataforma común permitiría exhibir el carácter objetivo (fundado en descripciones cuidadosas) de muchas aseveraciones críticas en el ámbito de lo discursivo que hoy parecen provenir más de una interpretación personal del investigador que de un análisis riguroso y comunicable del objeto de estudio. La aparición de la revista de nuestra asociación brinda un excelente foro para el tratamiento de estos asuntos, y para mostrar, allí mismo, las calladas rutinas de trabajo de un tipo de mirada sobre lo real, la del análisis de discurso, que —aun en sus múltiples formas— no equivale (o no debe equivaler) a un comentario, una glosa o una apreciación interpretativa más o menos inteligente como la que ejercen los periodistas y, en general, los formadores de opinión pública. Quisiera insistir: ante los infortunios y riesgos del éxito experimentado por el análisis de discurso en el conjunto de las disciplinas humanistas, éste precisa establecer de manera clara las señas de su identidad científica, incluso desde la pluralidad (bien representada en este Congreso) de marcos teóricos y enfoques que caracteriza su ejercicio en América Latina.

¿Qué habría de contener esta agenda común que insisto en proponer? Nada demasiado grave ni que no empleemos o practiquemos habitualmente; de hecho, dicha propuesta es, ante todo, una recomendación de explicitación, lisa y llana. Procederé. Ineludible es, en primer lugar, dar indicaciones claras sobre el tipo de relación que cada estudio postula como prevaleciente entre lo lingüístico y lo social, entre discurso e Historia, entre lengua y sociedad. No tendría que bastar con declaraciones del todo generales como la que haré a continuación: en mi concepción de los funcionamientos discursivos y en mi práctica de análisis de discurso, percibo entre lengua e Historia una relación de co-constitutividad y de recíproca (bidireccional) determinación.

Sin embargo, además, si estamos lidiando con discursos que provienen de coyunturas políticas, sociales o culturales determinadas, como es frecuentemente el caso (y no sólo en América Latina), entonces las circunstancias históricas específicas (complejas, desde luego) que dan origen a los procesos discursivos que han capturado nuestra atención analítica, han de ser asimismo investigadas, establecidas con cierto grado de precisión, y comunicadas a pares y estudiantes. Los trazos gruesos en la referencia a las condiciones de producción de los hechos discursivos o, peor aún, el dar esos fenómenos por conocidos, contradice la aspiración misma a una descripción fina y exacta de tales asuntos.

La noción lingüística (a secas) de “contexto (inmediato o no) de ocurrencia” de un cierto hecho, un fonema sordo o sonoro, por ejemplo, o un adjetivo calificativo o un adverbio. También el tipo y volumen de atención que la descripción lingüística ha otorgado a dichos contextos como determinantes de la índole y función de esos u otros elementos del sistema, evoca bien la índole de la demanda descriptiva y de explicitación que estoy formulando al tratamiento analítico de las escenas discursivas a las que solemos acudir los analistas en este campo: situadas siempre en específicas coordenadas espacio-temporales que no son inocentes respecto de la configuración, incluso verbal, de tales procesos discursivos. Revisando el borrador de tesis de licenciatura en Biología de mi hijo Nicolás, hace unos pocos días, encontré con que, al describir la jaula de vuelo de las abejas cuyo comportamiento observa, el estudio establece que ella se encuentra al aire libre (intemperie), en un predio de la Universidad de Buenos Aires, a tal altitud y a tales y tales grados de latitud y longitud. Dicha precisión geográfica me hizo pensar que parecido propósito de universalidad de lectura de nuestros hallazgos empíricos debería acompañar al tratamiento de la dimensión histórica de nuestros objetos de investigación.

En siguiente lugar, creo, habríamos de intentar decir siempre quiénes somos en lo concerniente a una filiación teórica y metodológica, por más desleal que es toda filiación, necesariamente. Aunque avancemos a fuerza de “matar” a nuestros padres fundadores, es siempre

deseable indicar a partir de cuáles textos inspiracionales se despliega el propio trabajo. Desde luego, resulta imposible reconstruir en cada caso el tejido peculiar de una biografía intelectual, en curso —por lo demás— hasta que uno se muere. Sin embargo, no es superfluo indicar algunos nombres, los de esos autores que nos ponen a pensar y nos dan ideas (un poco a la manera de boyas en el mar), que trazan un territorio móvil aunque diferenciado del continuo de la ancha mar. Si yo digo ahora que no inicio nunca un artículo o un trabajo de cierta envergadura sin revisar de nueva cuenta al maestro Émile Benveniste y a Roland Barthes, amén de haber estudiado concienzudamente a Michel Pecheux y al Esbozo de la Real Academia de la Lengua Española, estoy delineando un sincretismo personal que —sin caracterizarme en sentido estricto (ni lato)— permite a los lectores establecer al menos que no soy “greimasiana” ni “hallideyana” ni participo de la gramática generativa, ni busco explicaciones en el campo de lo cognitivo, sino más bien en el de lo histórico y lo social.

El cuerpo propio de la investigación, el objeto de estudio o *corpus* de análisis que el investigador (se) formula como un desafío metódico (empeño que es metodológico pero también, más que ello, en tanto es asimismo vital, en más de un sentido) no puede dejar de ser materia de una descripción concienzuda y amorosa ante los “otros” de esa investigación, que pueden/suelen escrutar indiferentes o escépticos. Dicho retazo de mundo, ¿de dónde proviene? ¿Qué escena de producción verbal o cuál proceso significativo ha capturado en primera instancia nuestra curiosidad o afán? ¿Cuáles han sido los requisitos, autoestablecidos como todas las decisiones en este territorio, según los que hemos trazado las fronteras de lo que nos concierne, o no, en esa indagación? Es decir, ¿cómo hemos prefigurado cuáles aspectos del asunto pueden ser reconvertidos en datos y cuáles no? Las preguntas pueden multiplicarse sobre un sendero (verídico) de trabajo que necesariamente recorreremos pero no siempre enunciamos. El cuerpo carnal del decir, la materia del habla que nos in/con/voca en su fisonomía específica, precisa ser presentado con amplitud de detalle; finalmente, ése es el punto cuando tratamos (manejamos), con perseverancia y astucia, la indócil promesa de los materiales de un estudio.

Por otra parte, nada hay para el lector de ciencia —estoy convencida— que sea más revelador e interesante que un planteamiento temprano y claro sobre el conjunto de enigmas que ha movilizadado la investigación, cuyos resultados se presentan una vez que ésta haya sido concluida. Me refiero a las preguntas básicas, las dudas e inquietudes persistentes (“enigmas” las he llamado antes) o fundacionales curiosidades —tanto lingüísticas como históricas— que el esfuerzo descriptivo en su conjunto se propone situar y elucidar. ¿Cuáles son los aspectos más “intratables”, más resistentes, del mundo que nos confronta con su estar ahí, y ahí estando, nos resulta incomprensible y tentador a la vez? ¿Es acaso el funcionamiento tan versátil semántica y pragmáticamente de las frases de relativo (“... los que odian la democracia...”, “... los que anhelan destruir Occidente ...”)? ¿Es el régimen pronominal y su capacidad para instaurar discursivamente áreas de pertenencia o exclusión? ¿Es un fenómeno de orden (oracional, inter-oracional, textual, discursivo o histórico) y los efectos de sentido que una u otra u otra secuencia establecen para lo dicho y sus resonancias? ¿Es la recurrencia de frases o expresiones dentro de una formación discursiva dada? ¿Es tal vez el papel de ciertos desempeños discursivos, por ejemplo los del presidente de la República en un régimen político dado, o en un momento de cambio de rumbo dentro de un mismo sistema político? No lo sé; además, no establezco prioridades o valores diferenciados dentro de una supuesta corrección política de la investigación.

Enumero sólo algunos de los incontables motivos o motores de la investigación que han de ser presentados al prójimo especializado que nos lee, y que atañen también al prójimo general de nuestros congéneres, concernidos o intrigados muchas veces por preguntas muy parecidas a las de los expertos. Creo que sólo una presentación sincera de la desazón inicial del investigador ante lo real (la que pone en movimiento el proceso complejo de la investigación científica) puede hacer más comprensibles y, sobre todo, más elocuentes las hipótesis de trabajo con las que el aparato del análisis, a partir de cierto momento, actúa en una especie de atmósfera propia o autonomía relativa respecto de sus puntos de partida.

Esencial es, desde luego, puesto que constituye la acción investigativa (o indagación) como tal, que hagamos una presentación detallada y par-

ticularmente explícita del repertorio de acciones de re/des/construcción metódica que el enfoque teórico adoptado prescribe (o proscribe) para el trabajo concreto sobre el objeto de estudio. Se incluye aquí también el punto de vista del analista, lugar virtual aunque preñado de consecuencias prácticas, desde el cual se instaura y desplaza (en sucesivas configuraciones metódicas) el análisis, entendido éste como el despliegue intencionado de conjuntos de operaciones de intelección que pueden y deben ser descritas y comunicadas, tanto en su especificidad material como en sus secuencias de aplicación. Éste es el territorio de los procesos mediante los cuales el material, obtenido (recopilado, seleccionado y “tejido”) de una cierta manera, es invitado a hablar en la forma de series de datos, dentro de una cierta trama (la del propio autor) de índole argumental, expositiva y probatoria, cuya solidez y aceptabilidad científica son dudosas en ausencia de dicha presentación.

Aludo también, y me interesa destacarlo, a la variedad de prácticas experimentales mediante las cuales el análisis logra en los hechos ir avanzando, y que —con lamentable frecuencia— sólo perduran en el registro interno de una investigación; y ello, si ésta es lo bastante ordenada en cuanto a notas, apuntes y borradores intermedios: bitácora de “la obra negra” (en sentido constructivo y arquitectónico) de una investigación. Son ejercicios del orden de “lo Penélope”, en cuanto a menudo destejen lo que ya se avanzó, a fin de buscar maneras mejores de relacionar los datos; procesos internos de enorme riqueza, tanto en lo concerniente al relieve que confieren a los logros que sí se alcanzaron, como en lo que refiere a la puesta en común de vías exploratorias que pueden resultar de utilidad en otros casos o estudios. Todo ello, además, permite construir de manera razonable el alcance posible de la generalización de resultados a la que aspiramos, en un primer momento, y a la que (una vez transcurrido el análisis) nuestros datos nos autorizan a llegar, apuestas científicas de la máxima importancia y respecto de las cuales el análisis de discurso no ha de considerarse exento de obligaciones.

Creo, asimismo, que deberíamos otorgar un lugar prominente en nuestros protocolos de investigación a la explicitación de los supuestos básicos según los cuales creemos que nuestra propia práctica de

investigación científica constituye una intervención estratégica en este mundo y en sus maneras de decir/hacer. ¿Se trata acaso de estudios aplicables a esferas determinadas de acción y planeación política, educativa, cultural o de otros órdenes, aunque inscrita siempre en alguna forma de “ingeniería social”? ¿Nos desenvolvemos en un territorio de debate teórico sobre las capacidades inagotables del lenguaje puesto en acto, o perseguimos en particular ciertas recurrencias de empleos verbales, relativamente predecibles en virtud de los marcos suprapersonales que establecen determinaciones estructurales? ¿Confiamos en que el simple (!) desnudamiento o develación del ejercicio omnipresente del poder verbalmente materializado tiene en tanto tal una capacidad transformadora, o postulamos la necesidad de realizar ejercicios de traducción entre registros sociales y variedades intrasociales, a fin de que nuestros hallazgos lleguen a los lugares en los que pueden pasar al acto?

Cualesquiera que sea nuestra posición respecto de las potencialidades de nuestra práctica analítica, muy recomendable hallo el presentarla en lugar destacado; no tanto para dirigir las lecturas plausibles de nuestro propio discurso, o para desactivar críticas posibles, cuanto para ofrecer a los lectores indicaciones fidedignas sobre nuestra autoconstrucción como hablantes autorizados en el espacio de la investigación; además, como participantes en la vida social que construimos todos.

Conveniente sería también formular una agenda en cuanto al repertorio de tópicos o áreas o metas a las que consideramos valioso destinar nuestra energía intelectual. No aludo a temas en sentido estricto, ni mucho menos pienso en el establecimiento por mandato de una lista de asuntos a los que los socios de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso deberíamos dedicarnos. La invitación va más bien dirigida en sentido contrario. Puesto que es visible —y el programa de este Congreso así lo prueba— que compartimos intereses en una serie (no muy extensa) de mecanismos y procesos discursivos, la pregunta es: ¿Cómo —haciendo lo que estamos haciendo cada uno— podríamos sumar esfuerzos y reunir resultados que fueran mínimamente comparables y que nos permitieran trascender el mundo académico con aseveraciones de sólido origen?

Por ejemplo, ¿cuánto sabemos ya respecto de las prácticas de discriminación y exclusión o de alianza y sumatoria? ¿Cómo se hace para separar, discursivamente (o para unir) también con recursos verbales y semióticos? ¿Cuál es nuestro grado de avance en materia de pronombres y deixis en general, de las formas de identificación y referencia, de valoración positiva y negativa de los actores sociales, de auto-atribución y hetero-atribución de identidades en contextos argumentales de distinto tipo? ¿Y respecto de los procesos que discursivamente otorgan o reducen las prominencias relativas de los diferentes actores, y que construyen de una cierta manera (y no de otras) las dinámicas allí consignadas y sus resultados? Por ejemplo, todos los asuntos relacionados con temas de agencia, usos de pasivas, nominalizaciones... En todos los fenómenos discursivos que nos interesan y ocupan desde hace tiempo, sería conveniente consignar, explicitar y, si es posible, sumar los logros descriptivos que a ese respecto hemos alcanzado; por ejemplo, cómo lidiamos con la configuración (o no configuración) de redes explicativas, causales o no, o de qué tipo, en las intervenciones discursivas que analizamos. Cuáles son los usos más o menos establecidos de la negación, la paráfrasis, la perífrasis, el eufemismo o el insulto, la jerga bélica, los antilenguajes, y tantos asuntos más.

Concluiré subrayando algo que quizá no he explicitado suficientemente. Lo que propongo de hecho es sólo una agenda de comunicación dentro de nuestro campo de trabajo, dentro de la ALED y hacia el exterior. Puesto que nos interesamos en los discursos al punto de hacer de ellos el eje de nuestra dedicación profesional y científica, cabe la presunción de que nos interesamos en el mundo que habitamos con el ánimo de transformarlo en un mejor lugar para todos. Para ello es imprescindible y urgente que consolidemos el rigor de nuestras prácticas cotidianas de trabajo de investigación; que otorguemos a nuestros esfuerzos de descripción y apreciación crítica de la índole primordialmente discursiva de una serie extensa de recursos de la dominación, la claridad, el orden y la sistematicidad que pueden fortalecerlos más. Sobre todo ahora, en esta deplorable coyuntura global de retroceso de la razón y la ecuanimidad. Si queremos terminar con la injusticia, disipar el malentendido y generalizar la paz y el raciocinio humano,

debemos estar preparados para ofrecer mínimos flancos en nuestra labor analítica y crítica. De todo corazón, invito a las colegas de esta asociación a que sumemos esfuerzos en tal sentido.

Santo Tomás Ajusco, noviembre de 2001.